

» fuerzas políticas del país para encontrar una solución a la crisis política.

“Si las demandas del pueblo no son cumplidas en las próximas 48 horas, será de incumbencia de las fuerzas armadas anunciar una hoja de ruta para el futuro. La gente ha expresado su voluntad con una claridad sin precedentes y desperdiciar más tiempo solo aumentaría la división y la violencia”, afirmó.

Un estruendo resonó por las ciudades. Esas declaraciones fueron acogidas con gritos, vítores y bocinas y fueron tomadas por gran parte de la población como un mensaje de apoyo a sus reivindicaciones. En seguida, decenas de miles de personas se lanzaron con nuevo entusiasmo a las calles de las principales ciudades del país. Cuando el sol se puso por detrás de los edificios, plaza Tahrir volvió a convertirse en el epicentro de las movilizaciones de todo Egipto, augurando otra larga noche de protestas. “Amamos a al-Sisi y a nuestro ejército”, afirmaba Amany, una contadora de 40 años, mientras la gente aclamaba los helicópteros del ejército que sobrevolaban con enormes banderas roja-blanca-y-negra.

Sin embargo, una sombra empezaba a opacar los colores de la plaza. Desde la noche del viernes, habían empezado a registrarse los primeros casos de acoso sexual contra las mujeres que acudían a la concentración. “No es fácil hablar de ello, pero hemos decidido hacerlo para denunciar lo que está pasando”. Desde el sillón de su casa, una periodista italiana explica el acoso sexual que había sufrido junto a una amiga inglesa. Hacia las ocho de la noche, cuando se encontraban en la desembocadura de la calle Mahmoud en Plaza Tahrir, de repente se vieron rodeadas de una decena de hombres que las arrastraron aprovechando la muchedumbre hacia un punto más oscuro de la calle. La periodista italiana fue manoseada por los hombres hasta que cayó al suelo. “En ese momento apareció una mano que me rescató y logré escapar”.

Durante los tres primeros días de manifestaciones, en Plaza Tahrir se registraron al menos 91 casos de violaciones, según las organizaciones contra el acoso sexual. Mariam Kirolos, activista de OpAntiSH, afirmaba que “hay indicios de que algunos de estos casos están organizados, aunque no se puede probar”.

“Esto no es una agresión sexual, es pura violencia”, afirmaba la periodista italiana, quien recuerda como media hora después recibió una llamada que le avisaba que su amiga inglesa se encontraba en una ambulancia rumbo al hospital.

La joven había sido arrastrada hacia un callejón por una treintena de hombres que le desgarraron la ropa y le produjeron cortes en todo el cuerpo. Unos clientes de un café consiguieron rescatarla y finalmente, a pesar de la presión de la muchedumbre, la joven logró escapar en una ambulancia. El miedo a esas violaciones no evitó que muchas mujeres se volcaran a Tahrir para pedir la dimisión del presi-

Tamarod. Ese movimiento había lanzado en abril y por las redes una campaña de firmas contra Mursi.

dente. Esa misma noche, Mursi afirmaba en un comunicado que no iba a dimitir.

LA CAÍDA. Negro. El carbón de las *shishas* —pipas de agua— se encendía a cada inhalación. Una decena de hombres, sentados en la vereda de un bar a cinco cuadras de Plaza Tahrir, fumaba y tomaba café delante de un enorme televisor a la espera del anuncio. A las cinco de la tarde se acababa el ultimátum de 48 horas que el ejército había dado al presidente para resolver la crisis política que había man-

“No estoy a favor ni en contra de unos u otros, solo le pido a Dios que ayude a nuestro país. Tengo miedo por lo que pueda pasar, que no haya una guerra. Los egipcios somos hermanos”.

Hani Shaban,
un ingeniero
agrícola egipcio
de 26 años



Festejos. Centenares de miles de personas tomaron las calles.

tenido en vilo al país durante los últimos tres días. Sin embargo, cuando llegó la hora la pantalla del televisor siguió transmitiendo imágenes de archivo. Con el pasar de los minutos, las varias decenas de hombres que habían acabado ocupando todas las sillas de plástico empezaron a dispersarse. El anuncio no llegó.

En ese mismo momento las fuerzas armadas empezaban a ocupar las principales avenidas, puentes y oficinas estatales. Los militares, que recorrían la ciudad en vehículos acorazados, saludaban a la muchedumbre con la V de la victoria, mientras los helicópteros sobrevolaban el cielo de Plaza Tahrir exhibiendo enormes banderas egipcias, lo que fue interpretado por la gente como la caída del gobierno.

A la nueve de la noche finalmente el comandante de las fuerzas armadas de Egipto, El General Fattah al-Sisi, anunció la caída de Mursi. Rodeado de los líderes de las diferentes confesiones religiosas del país y de los partidos políticos de la oposición, al-Sisi anunció la suspensión temporal de la Constitución, lo que equi-

valía a un golpe militar contra un gobierno elegido en las urnas.

Un estruendo de alegría estalló en las calles. En Plaza Tahrir el cielo se iluminó con los colores de los fuegos artificiales, mientras cientos de miles de personas explotaron eufóricamente. Cientos de vendedores ambulantes exhibían con entusiasmo globos, silbatos y camisetas con enseñas nacionales, mientras los carritos de higos de tuna y altramuces no daban abasto. “No puedo contener mi felicidad”, afirmaba Youssef Fawzi, un ingeniero eléctrico de 29 años que en la frente llevaba pintado en rojo el mensaje Larga vida para Egipto. “Estaré festejando por las calles hasta el amanecer”, gritaba mientras alcanzaba a sus amigos. Algunos metros más adelante, Fathy Snour, un profesor de primaria de 50 años, caminaba junto sus hijos hacia la plaza. “Quiero que mis niños

vivan en paz. Este es un momento muy importante para nuestro país. El Islam es para todos, no solo para un partido”. Mursi había sido destituido.

EL DÍA DESPUÉS. Verde. Hacia las diez de la mañana del jueves, las banderas del Islam flameaban en torno a la mezquita Raba al Adiwiya, donde desde el día del Tamarod, los seguidores del presidente permanecían concentrados. A esa misma hora Adly Mansour, el hasta entonces jefe del Consejo Constitucional egipcio, juraba como presidente interino de Egipto, en una ceremonia televisada rodeado de los principales militares, religiosos y políticos de la oposición. “Juro proteger el sistema de la República, respetar la Constitución y la ley, y guardar los intereses de la ciudadanía”, juraba solemnemente el sucesor de Mursi.

El Cairo había amanecido en paz. Tras la larga noche de festejos las calles recuperaban la normalidad. Las tiendas, que habían permanecido cerradas durante las manifestaciones, volvían a abrirse, los ex-